

Próximas tareas de los corresponsales obreros

León Trotsky

13 de enero de 1926

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *Problems of Everyday Life*, Monad Press, Nueva York, 1986, páginas 186-194. Discurso en la Conferencia Sindical de Corresponsales Obreros de *Rabochaya Gazeta*, 13 de enero de 1926. Publicado en *Pravda*, el 20 de enero de 1926.)

Debemos luchar por elevar el nivel cultural

Debemos luchar por elevar el nivel cultural, empezando por la A en sentido literal, es decir, por el ABC. El lunes se inaugura en Moscú el congreso de la Sociedad Abajo el Analfabetismo. Hace tiempo que propusimos este lema, pero todavía hay mucho analfabetismo, y lo hay en el sentido más directo de la palabra, no debemos olvidarlo; y tampoco debemos olvidar que hay diez millones de personas en nuestro país que no pueden leer *Rabochaya Gazeta*.

Vamos a ampliar *Rabochaya Gazeta*, y eso será algo bueno, pero incluso en su pequeño tamaño actual está fuera del alcance mental de diez millones de hombres y mujeres adultos. Y, sin embargo, camaradas, queremos construir el socialismo. Para construir el socialismo en un país analfabeto, será necesario un esfuerzo heroico de los avanzados, para elevar a las oscuras masas atrasadas, en primer lugar y como mínimo, al nivel de la alfabetización ordinaria.

La primera tarea: abolir el analfabetismo

Cuando salía para venir hacia aquí, eché un vistazo al último correo que había sido colocado sobre mi escritorio. Incluía algunos periódicos de los guardias blancos emigrados. En ellos había relatos de las celebraciones de Año Nuevo. En una de ellas, algunos emigrantes pertenecientes a los nacionalistas, o a los cadetes, proponían un brindis por la letra *yat*. Hay muchos jóvenes aquí, y me temo que muchos de ustedes no sabrán a qué tipo de personaje se refiere. La letra *yat*, junto con el signo duro, *fita*, e *izhitsa*, eran el patrimonio de los nobles en nuestro alfabeto, suprimido por la revolución de octubre. Eran letras innecesarias, superfluas y noblemente parásitas. Fueron abolidas. Y en París, uno de los líderes de los emigrantes (he olvidado su nombre) propone un brindis de Año Nuevo por la letra *yat*. Bueno, ahí está, es un brindis simbólico. Nosotros, por nuestra parte, podemos, en el Año Nuevo (y hoy, si no me equivoco, es el viejo día de Año Nuevo ruso) declarar que entregamos la *yat*, el signo duro, la *fita*, y la *izhitsa* a los emigrantes, enteros y completos. En Ucrania, creo, llaman a esto dar a alguien “el agujero de la rosquilla”.

Pero ahora todas las letras restantes, que son realmente necesarias, no las nobles parasitarias, sino las funcionales proletarias que necesitamos en nuestro trabajo, en el año que tenemos por delante, en los próximos dos o tres años, deben ser a toda costa posesión de todos en nuestro país. No debemos tener una situación tan vergonzosa como la de campesinos y campesinas adultos, obreros y obreras, que no saben leer y escribir. Y es el corresponsal obrero quien debe ser la verdadera fuerza motriz en esta labor. La abolición del analfabetismo es nuestra primera tarea en la lucha por la cultura.

Las mujeres en la lucha contra la embriaguez

Pero, camaradas, en esta lucha tenemos otro adversario feroz al que debemos vencer para poder avanzar. Hablo del alcoholismo, de la embriaguez. Se han probado, y

se probarán en el futuro, diversas formas y métodos de lucha contra la embriaguez. Pero el método básico es hacer progresar culturalmente a las propias masas, desarrollar en ellas una tenaz vanguardia combativa en la batalla contra el alcoholismo.

En este sentido, el primer lugar debe ser ocupado por las mujeres y, por supuesto, los corresponsales obreros deben aportar su contribución a este movimiento. El período que tenemos por delante debe ser un período de lucha heroica contra el alcoholismo. Las masas trabajadoras siguen viviendo muy mal, pero sin embargo no tan mal como en años pasados. Se observa un cansancio de los nervios, tanto por el auge revolucionario del pasado reciente como por la actual calma revolucionaria, que exige un trabajo cotidiano obstinado. Los nervios de la gente están muy desgastados. Hay una gran demanda de diferentes tipos de estimulantes o, por el contrario, de sedantes. La demanda de alcohol, de bebidas embriagantes, artificialmente estimulantes, es muy fuerte entre los trabajadores de las ciudades.

Y, camaradas, el corresponsal obrero que da un mal ejemplo en esta materia no es digno del nombre de corresponsal obrero. Un corresponsal obrero debe ser un luchador contra la embriaguez. Esto no es una cuestión de risa. La historia nos someterá a una dura prueba en esta materia. Si no rechazamos la embriaguez, empezando por las ciudades, nos beberemos ni el socialismo ni la revolución de octubre.

Este mal debe ser expuesto públicamente y azotado. Junto con el progreso cultural en general, debemos reclutar para la lucha contra la embriaguez a personas concretas, a los elementos más jóvenes, más militantes y mejores de la clase obrera, en primer lugar, a las mujeres trabajadoras, pues nada afecta tanto a la mujer trabajadora, y especialmente a la madre obrera, como la embriaguez. Nada amenaza tanto la salud física y moral de la nueva generación de la clase obrera como la embriaguez. Sin una lucha contra ella no puede haber un verdadero servicio social por parte de los corresponsales obreros.

El corresponsal obrero en la lucha por la calidad de la producción

La tercera cuestión es la de la calidad en la producción. Tengo muchas notas sobre este tema.

¿Qué entendemos por calidad en la producción? Calidad en la producción significa que lo que se hace, se hace bien, recordando que se hace para la comunidad, para la sociedad en su conjunto. En lo que respecta a los informes enviados por los corresponsales obreros, calidad significa conciencia. No escriban de oídas y no exageren. De nuevo, el propio periódico exagera; esos errores ocurren. Luchen contra este tipo de cosas.

En cuanto a la calidad de la producción, por supuesto, se cometen errores en ambas direcciones. Aquí está sentado un corresponsal que me sorprendió en un error sobre los coches producidos en la fábrica AMO. El hecho es que me indujo a error y supuse que las cosas eran peores en esa fábrica de lo que en realidad era.

Sin embargo, los errores que se cometen con más frecuencia son de otro tipo, errores de fanfarronería, de jactancia. No veis que hemos hecho la revolución de octubre y que vamos a dejar en evidencia a los alemanes, a los franceses y a los norteamericanos, también con los coches y las máquinas, con los productos textiles, con todo lo que queráis mencionar. La gente que habla así olvida que nuestro nivel cultural es bajo, que incluso tenemos analfabetismo, que la embriaguez sigue desempeñando un papel grande y cruel en la vida de nuestro pueblo, y que actualmente producimos peor de lo que lo hacen las economías capitalistas.

Cada artículo es el producto no sólo del trabajo humano vivo, sino también del trabajo muerto acumulado, es decir, de la maquinaria y el equipo. En la actualidad somos débiles en este último aspecto, y tenemos que poner todo nuestro empeño para alcanzar

económicamente a los países capitalistas. No debemos olvidar nunca que estamos construyendo el socialismo en medio del cerco capitalista.

¿Cómo se distingue un sistema social de otro? ¿Cómo debe distinguirse el socialismo del capitalismo? El socialismo debe proporcionar más productos por unidad de trabajo que el capitalismo. Si no lo conseguimos, entonces nosotros mismos tendremos que admitir que el socialismo no nos sirve.

El socialismo, después de todo, no consiste sólo en la abolición de los explotadores. Si la gente viviera más prósperamente bajo los explotadores, con más abundancia y libertad, y estuviera materialmente más segura; si viviera mejor con los explotadores que sin ellos, entonces diría: “Que vuelvan los explotadores”.

Esto significa que nuestra tarea, sin explotadores, es crear un sistema de prosperidad material, de seguridad general y de existencia culta integral, sin lo cual el socialismo no es socialismo. La revolución de octubre no hizo más que sentar las bases estatales del socialismo; sólo ahora estamos colocando los primeros ladrillos. Y cuando nos preguntamos si en este momento producimos más bienes por unidad de fuerza de trabajo que en otros países, la respuesta sólo puede ser: en la actualidad, no, producimos considerablemente menos; en comparación con Estados Unidos, monstruosamente menos. Esta cuestión lo decidirá todo. Intentaron aplastarnos con sus ejércitos, pero fracasaron; utilizaron el bloqueo y la hambruna, pero eso también fracasó. Y ahora hemos salido al mercado mundial; y esto, ya lo saben, significa que el mercado mundial también trepa sobre nosotros. Importamos productos extranjeros y exportamos los nuestros. Así, de este modo, ha comenzado la competencia directa e inmediata entre nuestros tejidos y los británicos, nuestras máquinas y las norteamericanas, nuestro grano y el de Norteamérica.

La cuestión de la calidad es una cuestión de competencia

¿Qué significa la competencia? En el lenguaje del mercado capitalista, significa la comparación entre la calidad de nuestro trabajo y el de los países capitalistas. Esta cuestión es perfectamente clara y sencilla. Si nosotros cosemos un par de zapatos en dos días, por ejemplo, y estos zapatos se gastan en un año, mientras que los norteamericanos, gracias a una mejor tecnología, a una correcta división del trabajo y a una mayor especialización, cosen un par en medio día, y estos zapatos duran el mismo tiempo, significa que en esta rama de la industria los norteamericanos son cuatro veces más poderosos que nosotros.

En el sistema capitalista, toda sociedad está dividida en diferentes clases con una gran variedad de ingresos, y las mercancías producidas reflejan esta estructura de la sociedad. Como hemos visto, el antiguo alfabeto incluía algunas letras aristocráticas: pues bien, también hay aristócratas entre las mercancías, que se adaptan a los gustos privilegiados. Por descontento que nosotros necesitamos en los próximos años producir bienes de masas, bienes democráticos. Esto no significa que sean bienes burdos y mal hechos que no puedan satisfacer los gustos humanos; sino que la cualidad básica de los bienes para nosotros sigue siendo su durabilidad. Y ahora debemos aprender a comparar nuestra economía con la de Europa, no sólo por las apariencias superficiales o de oídas. Tampoco basta ahora con hacer comparaciones con los niveles de preguerra. La economía del zarismo de antes de la guerra era atrasada y bárbara; por eso el gobierno zarista fue derrotado en la guerra: se basaba en una economía atrasada. Tenemos que comparar nuestra economía con la de los países de Europa, para primero alcanzarlos y luego superarlos.

Repito, tenemos que hacer comparaciones no sobre la base de las apariencias superficiales o de las habladurías. La gente dice que trabajamos “casi” como los alemanes,

los franceses y otros. Estoy dispuesto a declarar una guerra santa a esa palabra “casi”. “Casi” no significa nada. Necesitamos una medida exacta. Esto es muy sencillo. Necesitamos obtener el coste de producción; necesitamos establecer, por ejemplo, lo que cuesta hacer un par de zapatos, establecer cuánto duran los bienes y cuánto tardan en producirse, y entonces tendremos lo que necesitamos para hacer comparaciones con otros países. En la terminología científica, esto se llama encontrar el coeficiente comparativo.

He citado a menudo el ejemplo de la bombilla eléctrica. Revela el núcleo del problema más claramente que cualquier otra cosa. Es fácil medir una bombilla, calcular lo que cuesta, cuántas horas arderá en comparación con una fabricada en el extranjero, cuánta energía eléctrica consume y cuánta luz da. Si calculamos todo eso, obtenemos un coeficiente comparativo perfectamente preciso. Si, por ejemplo, se demuestra que una de nuestras bombillas es sólo la mitad de buena que una extranjera, el coeficiente será de 1:2. La utilidad social de nuestra bombilla será igual a la mitad. Si obtenemos tales coeficientes comparativos para los zapatos, para las máquinas, para los tejidos, para los clavos, para las cerillas, etc., y los comparamos entre sí, obtendremos así lo que se llama en estadística el coeficiente medio ponderado, que mostrará lo atrasados que estamos. Puede resultar que nuestro coeficiente ponderado en relación con Norteamérica sea de 1:10, es decir, que sólo trabajamos la décima parte que Norteamérica. Doy esta cifra sólo a título ilustrativo, pero creo que no está muy lejos de la verdad, ya que en los Estados Unidos nos supera en más de cuarenta veces más fuerza de trabajo mecánica.

En nuestro país tenemos menos de una unidad de fuerza de trabajo mecánica por habitante, mientras que allí tienen más de cuarenta. Por eso la renta nacional en Estados Unidos es de ocho a diez veces mayor que la nuestra. Allí la población es de 115 millones, mientras que nosotros tenemos 130 millones, y, sin embargo, allí producen en un año de ocho a diez veces más productos de la agricultura, la ganadería y la industria. Estas cifras básicas deben abrirle los ojos al corresponsal obrero, pero no deben provocar ningún sentimiento de abatimiento. No hay motivos para ello. Los Estados Unidos surgieron y crecieron en territorios vírgenes bajo el sistema capitalista; tenemos un pueblo liberado por la revolución, que vive en un país de recursos naturales ilimitados y que trabaja para sí mismo y sólo para sí mismo.

Ni presunción comunista ni presunción obrera en correspondencia

Así, nuestras oportunidades serán mucho mayores. Pero, al mismo tiempo que reconocemos nuestras oportunidades, debemos ver con claridad hasta qué punto estamos atrasados: la jactancia, la presunción, el engreimiento comunista, el engreimiento obrero correspondiente, no pueden tener cabida aquí en absoluto. Debemos evaluar con claridad y veracidad lo que hay.

Recientemente, he tenido la siguiente experiencia. No mencionaré ningún nombre, no sea que una vez más me sorprenda algún corresponsal obrero, aunque esta vez estoy bien calzado. Se trata de coches y gomas. Celebramos una carrera para probar los coches y los neumáticos. El informe sobre los resultados de esta prueba se envió a un periódico. En este informe se decía que nuestro caucho había resultado ser definitivamente peor que el extranjero, y en algunos casos era bastante inútil. Y ahora retomo el periódico; no lo nombraré, pero, por respeto a nuestros visitantes, diré que no es *Rabochaya Gazeta*. No prometo nada. Tal vez más adelante le ponga nombre a este periódico; por el momento sólo estoy haciendo un reconocimiento preliminar. [*Risas*] ¿Qué se publicó en este periódico? Decían que nuestro caucho no era en absoluto inferior al extranjero, y que en algunos casos era incluso superior.

En mi opinión, camaradas, esto es una auténtica desvergüenza. Por supuesto, vivimos en un estado socialista. Los castigos corporales están prohibidos aquí; los

castigos corporales son algo vergonzoso; pero si tuviéramos que permitir los castigos corporales por algo, debería ser por malabarismos de este tipo. Porque engañarse a sí mismo, engañar a la opinión pública, significa arruinar la causa del socialismo. Naturalmente, la gente ofrecerá miles de argumentos para justificar tales cosas. Dirán que no debemos dejar que el mundo exterior conozca nuestras deficiencias, que este asunto tiene una importancia militar, etc. ¡Basura! No hay más cera que la que arde. Hay muchos extranjeros aquí. Y un extranjero tomará nuestro caucho, lo pesará en un laboratorio y lo evaluará, tanto mecánica como técnicamente, desde todos los ángulos, con total precisión. ¿A quién estamos engañando entonces? Engañamos a nuestros propios trabajadores que leen este periódico, engañamos a nuestras propias obreras, engañamos a los propios gerentes a cargo de nuestras industrias. Engañamos a los campesinos, al ejército. Nos engañamos a nosotros mismos. Y con ello arruinamos la causa de la construcción socialista. Debemos quemar con un hierro candente nuestra mendacidad y nuestra propensión a la jactancia, que sustituye a la lucha real, obstinada e incesante por elevar el nivel de nuestra tecnología y nuestra cultura. Esto también forma parte de la tarea del corresponsal obrero en la lucha por la calidad de la producción.

Los lados débiles de nuestros periódicos

Camaradas, quiero añadir sólo unas palabras más sobre un lado que es terriblemente débil en todas nuestras publicaciones, en todos nuestros periódicos. Me refiero, camaradas, a la sección que trata del movimiento obrero mundial. Si examináramos no sólo al obrero ordinario, no sólo al miembro ordinario del partido, sino incluso al corresponsal obrero, para ver si conoce los hechos básicos sobre la vida del partido comunista alemán o francés, o sobre los sindicatos británicos, estoy convencido de que el resultado de tal examen sería pobre. Y esto no es culpa del corresponsal obrero; es culpa nuestra, de los periodistas; yo también pertenezco a ese oficio en cierta medida y asumo parte de la culpa. Si tomamos la prensa comunista de la preguerra, del período prerrevolucionario (en aquellos días era la prensa socialdemócrata), encontramos que se asignaba incomparablemente más espacio a esta sección. Y los elementos avanzados de la clase obrera no sólo se educaban en su propia experiencia política interna, sino que, a medida que ascendían en su educación, penetraban en la vida de la clase obrera mundial. Hoy las cosas están mucho peor en este sentido. Por supuesto, operan vastas causas objetivas: tenemos grandes tareas entre manos, hemos comenzado a construir una nueva economía, a elevar a millones de personas a un nivel superior.

Nuestras fuerzas, nuestra atención, están absorbidas por la construcción interna, pero de todos modos ahora no es 1918, ni 1919, ni siquiera 1920, sino 1926. La jornada laboral de ocho horas es en nuestro país la condición fundamental para la cultura intelectual de la clase obrera. Se puede estudiar; hay tiempo libre para la autoeducación. Y, por supuesto, no vamos a renunciar a la jornada de ocho horas bajo ningún concepto. Al contrario, tenemos que elevar el nivel tecnológico, mediante el aumento de la productividad del trabajo, para poder pasar con los años de la jornada de ocho horas a la de siete, luego a la de seis, a la de cinco y así sucesivamente. Pero por el momento tenemos la jornada laboral de ocho horas, como una de las conquistas más preciadas de la revolución de octubre y como la condición previa más importante para elevar el nivel de nuestra clase obrera culturalmente y con respecto al conocimiento de la política internacional.

Prestar más atención al movimiento obrero mundial

Dependemos demasiado de la revolución mundial, de la revolución europea, como para atrevernos a darle la espalda. Lo que necesitamos es que hechos concretos sobre la

vida de la clase obrera penetren a través de los periódicos en las mentes de nuestra gente avanzada. Deben encontrar en los periódicos noticias sobre figuras conocidas; deben seguir la actividad, por ejemplo, del grupo parlamentario del Partido Comunista Alemán, los cambios de política, la radicalización, el giro a la izquierda de los sindicatos británicos. Los obreros avanzados, y a través de ellos la masa más amplia de los trabajadores, deben comprender los flujos y reflujos del movimiento revolucionario europeo y mundial.

No podemos limitarnos en relación con la revolución mundial a la mera espera y nada más. Creo que los que os dedicáis al trabajo de agitación local habréis notado más de una vez que, cuando se habla a las masas de la revolución europea, éstas bostezan, no la sienten, no perciben su desarrollo interno; en definitiva, la revolución europea se ha convertido para ellas en una frase vacía.

Sin embargo, no se trata de una simple frase: la revolución europea está creciendo, pero tiene sus flujos y reflujos, sus errores y sus éxitos. En el curso de esta experiencia se están preparando y formando las capas dirigentes de la clase obrera.

Hay que seguir este proceso, y es la prensa obrera la que debe seguirlo en primer lugar. Los corresponsales obreros deben procurar que los corresponsales obreros alemanes y franceses ocupen un lugar adecuado en nuestra prensa, para que haya un verdadero intercambio internacional de noticias entre los corresponsales obreros sobre las cuestiones básicas de nuestra construcción económica y de la revolución proletaria mundial. En los corresponsales obreros no se puede permitir ninguna unilateralidad, ninguna estrechez o exclusividad artesanal sobre una sola cuestión, empezando por la carne congelada y las faldas acampanadas y terminando por la revolución europea. Ahí, camaradas, en ese pequeño espacio entre las faldas acampanadas y la carne congelada y la revolución mundial, se define la gama de intereses de los corresponsales obreros. Y sólo es digno de ese nombre el corresponsal obrero que se esfuerza en abarcar todos esos diversos intereses y toda la complejidad de la lucha y de la cultura en todo el mundo.
[*Tormenta de aplausos*]

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es